

gotes, por debajo de los cuales salieron como bocanada de fuego estas palabras terribles:

—¡Tas llamado á morir á mano airada! ¡Crístole!



VIII

—Veremos, veremos... Por ahora no es cosa de cuidado... Cada dos horas la cucharadita esa, y mañana Dios dirá...— dijo don Laureano, y se despidió de doña Socorro.

Apoderóse del magistrado un aplanchamiento que le dejó sin pizca de energía. Amodorrado, vuelto hacia la pared, oía lo que hablaban en la habitación inmediata, oía el gorgoloteo del caño del patio, murmurando el soliloquio eterno que había escuchado él en su niñez. La imaginación del enfermo, aguijoneada por la calentura, sacaba á la escena mil hechos heterógeneos y raros; tan pronto entablaba un diálogo con una persona á quien don José no había visto hacía mu-

chos años, como dejaba al interlocutor con la palabra en la boca para visitar y recorrer una población lejana. Aparecíansele á lo mejor rostros sonrientes, que se hundían en la sombra. Y estas visiones de panorama misterioso, mezcla de realidad y sueño, no mortificaban, no herían al enfermo, el cual veía aquella pantomima de espantajos que le bailaban en la cabeza como cosa ajena á él.

Así pasó el magistrado la noche del día que cayó en cama. Al amanecer, doña Socorro le llevó un caldo.

—¿Qué tal se presenta el día?— interrogó el enfermo.

—Muy claro... ¿Cómo te sientes?

—Así, así... algo sofocado... ¿No podrías abrir esa ventana?...

—Puede ser malo, muy malo... el fresco del mar, Pepe... Cuando venga el médico le preguntaré...

Aproximó don José la taza á los labios, y después de beber un sorbo de caldo, quedóse atento como quien escucha. Oíase el tañido de una campana que venía de lejos.

—¿Qué día es hoy, Socorro?

—Domingo... tocan á misa de alba.

—Verdad, verdad... Estoy en babia.

—Procura dormirte un rato... Ana y yo iremos á esa misa. Entretanto aquí quedan *Tolete* y Ramona por si algo se te ofrece...

Doña Socorro abrió la contraventana, y la claridad de la alborada acoquinó la luz que ardía en un vaso colocado encima de una silla.

Un instante después el enfermo quedó solo. La campana seguía tañendo á lo lejos, sembrando por los campos los ecos de su voz que llegaban á oídos de don José, amortiguados, sin sonoridades alegres, como ecos de un lamento, como suspiros cansados de recorrer el espacio en busca de un oído amigo. El ciego escuchaba como si un antiguo conocido le hablara en voz baja, de cosas para él muy olvidadas. Aquella voz le llamaba á misa, y él hacía muchos años que no había oído ninguna... Á pesar de su desvío, la campana le había llamado año tras año, con el mismo cariño, con amor idéntico. Todas las mañanas aquel tañido triste que era una súplica tierna, salía de la iglesia y corría, corría, atravesando el aire, deslizándose entre los ruidos del

Cantábrico, y no paraba hasta llegar casi sin alientos, hasta la alcoba del magistrado para decirle: «¡Eh, arriba! yo soy la de antes, ¿no te acuerdas? Todos los días al rayar el alba me cuelo en este cuarto; á veces no te encuentro; andas por sitios lejanos adonde yo no llego; pero me consuela el pensar que otras compañeras mías te llamarán como yo, donde quiera que estés. Hoy, en cambio, sé que estás aquí, sé que me oyes, y que me desairas, que desprecias mis consejos volviéndote hacia la pared... ¡Cuántos años de súplica! ¿Quién te dice que he de perdonarte?»

Sintió don José viva inquietud y dió una vuelta en la cama. La voz continuó diciendo quedo, muy quedo: «¿No te acuerdas cuando eras niño, y dócil á mi acento venías con tu madre á mi iglesia?... ¡Cuántos años pasaron y cuántas cosas tristes! Recuerdo aún, como si fuera hoy, cuando tú subías al balconcillo del campanario acompañado del tagarote del sacristán, que te enseñaba á repicar... ¡Y poco me has tirado tú de la lengua, haciéndome decir mil disparates que sacaban de sus casillas al señor cura!... ¡La

verdad es que parece mentira, Pepe, las vueltas que da el mundo!... ¡Cuántas veces volteé alegremente al impulso de tu mano de niño! ¡Parece que te estoy viendo; eras un chiquillo ágil y espigado, que trepabas por la escalera, tirabas de la cuerda, y llamabas por mi boca á los pescadores de Rocamar, para congregarlos en la casa de Dios! ¡y hoy, qué diferencia! Parece un sueño... Eso de que tú, el incrédulo, el indiferente, el hombre mundano, hayas sido en un tiempo tan sumiso á mis ruegos, tan dócil á mis consejos, me parece imposible... Yo siempre aquí, atada á mi hogar, canta que canta, toca que toca, dando al aire mis regocijos, murmurando mis penas, y tú, en cambio, ¡el diablo sois los hombres! corriste el mundo, olvidáste me, como si no existiera la pobre campana de la aldea, que para ti no tiene más oficio que alborotar el pueblo y quitar el sueño á las gentes... Yo sigo aquí, ya ves, siempre igual, llamando, llamando á los devotos... ¿Qué quieres? ¿No es verdad que tengo razón al quejarme?»

Sintió el ciego una agitación, un estremecimiento como si le asaltara el mie-

do. Se revolvió en el lecho, y entre la obscuridad que le rodeaba, vió claramente el campanario de la iglesia, y oyó la voz que le hablaba desde lo alto de la espadaña. De pronto, la voz delicada se convirtió en un vozarrón rudo, que vomitaba cosas tremendas, doblando lentamente: «Estás viejo y enfermo, y aun no piensas en las cosas que más te importan, desdichado. Has gastado la vida; y dentro de poco tendrás que entenderte con la tierra y con Dios... Fíjate en tus años pasados, examina tu conciencia, si aun la tienes, y mira á ver si hallas un asidero para tu alma... Piénsalo bien. Aquí no termina todo... Si vas al jardín y coges un puñado de barro, puedes decir: esto es mi cuerpo, pero no mi alma. ¿Oíste tú á Dios decir que aquí terminaba el drama de tu espíritu? Sólo bajo su palabra pudiera creerse eso... Tal vez morir es nacer en la eternidad. Tú creerás que la materia no se pierde nunca, como dicen los sabios; que nada es inútil, que todo cambia y se transforma... Esa vela que se agota, ¿adónde va? ¿qué fué de ella? En el universo quedan sus partes; no lo dudes. Ahora dime, ¿por qué ha de ser

menos un alma que una vela?... ¿por qué crees en la eternidad de una piedra, y no en la del espíritu?... Quisieras tú que todo se extinguiera aquí; que la tumba aniquilara todos tus pecados, para hallar en la nada el eterno descanso... La fe que niegas á Dios la tienes en la nada... ¡La nada! Créeme á mí: no existe. En todas partes hay algo. En la naturaleza todo es movimiento, energía, *algo*, y sin embargo, tienes esperanza de zambullirte en lo que nunca has visto, y crees que ha de darte el descanso, apagando tus remordimientos, matando tus dolores, consumiendo tus ideas, y destruyendo tus picardías. Mírate bien, y no te fíes de ti mismo, que otros más linceos que tú vieron flores donde sólo había cardos. Desconfía de ti, porque el inventor de la mentira es el hombre. No creas en quien puede equivocarse; cree en Dios, que te habla desde mil partes, y si te estremeces de espanto pensando en la historia de tu alma, piensa en esta casa, donde aún no te hemos olvidado... Acércate, hombre, acércate; eres ya muy viejo, estás hecho un vivero de achaques y de alifafes, por lo cual no me negarás

que es cosa de pensar en la muerte. Más vale un por sí acaso, que un quién lo creyera. Si te presentas ante quien ha de juzgarnos á todos con ese bagaje de pecados de todas clases y categorías, desde luego te digo que estás aviado, Pepe, y que mal año para ti; porque de nada han de servirte tu aplomo y hábitos mundanos, en que siempre has sido un maestro; así es, que haz lo que te digo, y ya que te sientes resbalar hacia el sepulcro, ruega á Dios, pídele con fervor la suavidad de sus bálsamos, y no te guíes por tus locuras. Tienes un camino recto y seguro, que es la oración... ¡Orar! ¿Sabes lo que es eso? Es dirigirse á Dios, es hablarle... En el fondo del alma hay unos ojos, Pepe, que pueden ver á nuestro Padre. Orar es ver con esos ojos, es despojarse de pensamientos terrenales, y dejar que el alma pura y sola suba hasta el Creador, para verle y adorarle... ¿Recuerdas?... Viviste ¡ay! al ras del suelo, pastando vicios, y educaste á tu alma como una esclava de tus placeres carnales... ¡Qué lástima da ver unas alas entumecidas!... Además, ¿no te avergüenza tu egoísmo? ¿Has pensado cristiana y no-

blemente en el porvenir de tu hija, el día que Dios te llame á sí? Tu obra fué esta: en vida hiciste una mártir, y á la muerte harás dos pobres...»

Un sudor frío humedeció la frente del magistrado; sintió opresión en el pecho, y haciendo un esfuerzo, sentóse en la cama, buscó el cordón de la campañilla, y después de tirar de él, reclinó la cabeza en la almohada. No tardó en oír las pisadas de unos rudos zapatonos, que pretendían ser ligeros y suaves; después presentóse en la habitación *Tolete*, con la pipa en la boca, y una blusa muy limpia, que olía á jabón. El sol alumbraba ya claramente la estancia.

—¿Manda algo, don José?

—Nada, *Tolete*; siéntate... Llamé por sí acaso... no estoy tranquilo...

—Na, en total... Dentro de dos días se ha de ver el señorito como un roble.

—Dios te oiga, *Tolete*.

—¿Pos no ha de oirme, don José? ¿En qué día vivimos?... Hoy domingo, güeno. Lunes, martes... Pal miércoles ya estamos andando por la carretera palante, con la fiambra en una mano, y unas lágrimas de vino en la otra... ¡y ande que

preste! ¿Se acuerda, don José, de aquellas langostas que nos zampábamos solicos, después de dar un *saleo* pol agua?

—Eran otros tiempos, *Tolete*...

—Pero señor, á este tiempo otro le arrea, don José... Si el hombre, es un decir, se siente estremecío, y por mor de una laceria le tembla una pierna, ¿tá bien que el hombre temble too él como la pata? Una cosa ¡recristole! es la pata y otra el individuo... En fin, yo me entiendo, y si se me salió de la boca alguna animalada, no es chocante; porque como icen son más los burros que nacen que las albardas que se hacen... No sé si me habrá entendío... En resúmene: na de melecina, y como decía un capitán mío, con aire limpio en el pecho y güena tajada en el pellejo se marcha viento en popa...

Y *Tolete*, después de propinar al viejo consejos tan sabios y profundos, se dejó caer en una silla muy satisfecho. Don José volvió hacia él el rostro, y la verdad es que el marino quedó sorprendido. Nunca había visto al señorito tan demacrado y alicaído. Aquellos ojos sin vista parecían dos ventanas cerradas, detrás

de las cuales un alma prisionera pugnaba por asomarse.

—¿Y si me muero, *Tolete*?—dijo el enfermo.—Yo nunca tuve la vida en peligro, ¿oyes? Y ahora ¡quién sabe! Estoy muy débil... Tú ya *la* has visto de cerca, ¿no es verdad? ¿De qué te acordabas, qué sentías?...

—Déjese de esos pensares y no haga caso del cerebro, que siempre da en lo peor... ¿Qué tien que ver usté, ahí en la cama, conmigo cuando andaba pol mar?

—Dime, contesta, ¿qué pensabas?...

—Bah, señorito, ¡pos en Dios!... y en la *Mandila*... ¡Cristole! parecía que allí estaban los dos conmigo, de tan fijos y claros como yo los veía en la cholla. Júrolo. Parecía que los dos me decían á un tiempo: ¡hala, *Tolete*, aférrate á ese madero con las uñas, hombre, miá que la mar es el mismo demonio en persona, y cuando se empeña en dar de beber á la gente, le cura á uno los cólicos pa *sicula siculor*...

—¿Dices que Dios te animaba?—dijo don José,—¿le viste tú?

—Tan claro como esa luz que da en la ventana... Estaba allí con la *Mandila*, mientras yo braceaba pol mar...

—De modo que tú estás seguro de que hay un Dios...

—Acabara de verle de broma como antes, señorito... ¡Güena señal es!—interrumpió *Tolete* alegremente.—Cuando yo digo que el miércoles ó jueves nos zamparamos una...

—No es broma, *Tolete*... Hay hombres que no creen en Dios...

Quedóse *Tolete* pensativo, con la pipa ladeada en la boca, y luego dijo:

—Basta que usted lo diga, y ahora me ricuerdo oír hablar de tierra de moros... Pero acá, por la costa, en jamás oí tal... Blasfemas, sí las soltamos, porque too el mundo se acalora, y entonces el pico charla cuando el corazón no lo manda... y así va ello...

—Pues es cierto, *Tolete*, hay hombres para todo...

—Cosas de desocupados, señorito... Cuando el diablo no tiene que hacer, con el rabo espanta moscas...

Don José no contestó. Habló consigo mismo un buen rato.

—¿Tardarán mucho en venir de la iglesia Socorro y Ana?—preguntó al fin el enfermo.

—Ni dos Jesuses. Don Gregorio despacha toa la misa volando...

—Tú no la has oído...

—No, señorito; pero cuando el hombre tiene la intención... Alguno se había de quedar en casa.

—Mira, *Tolete*... Y ¿el médico cuándo vendrá? Esto va de mal en peor...

Incorporóse el marinero, dió un paseo por la alcoba murmurando entre dientes:

—En seguida, don José... ¡Cristole con las melecinas y los facultativos que se usan!

